

por el Almirante, y que ciertamente no estabais obligado á reconocer.¹

No obstante los pareceres contrarios de los personajes citados, de ello resulta comprobado un hecho, *la violación de la palabra empeñada*, y como consecuencia precisa, la situación anómala en que ese hecho vituperable colocó desde luego á Laurencés, y más tarde al Gobierno francés, cuya falta de sinceridad, de honradez y de decoro se manifestaron, esta vez, *esencialmente proverbiales*.....

En la ignorancia en que se hallaba el General Zaragoza de lo que pasaba en el campamento francés, daba sus órdenes para la ocupación de Orizaba, luego que esta población fuese desocupada por las tropas españolas.

El mismo día 19 se movieron del Ingenio las fuerzas de Oaxaca, con el designio de vigilar la ciudad que iba á ser desocupada al día siguiente; y mientras el General Zaragoza se dirigió á la casa del Conde de Reus, ó sea del Jefe del ejército español, las tropas referidas acamparon á orillas de Orizaba, en el llano de Escamela.

Por la tarde, dió orden el Jefe del ejército mexicano de que el Coronel D. Félix Díaz avanzase al Fortín, con una fuerza de 40 hombres; y poco después se le presentó un pelotón de vanguardia de la columna francesa. Díaz mandó á un oficial á hacer presente al jefe francés, la orden que tenía de defender el punto; pero el pelotón enemigo siguió avanzando, sin hacer caso de la intimación. Entonces apareció en el camino la carretela que conducía á la esposa del General Prim, acompañada ésta del brigadier Milans del Bosch, y Díaz pidió á éste que explicara á los franceses la posición que guardaba: hizolo así, y deseando saber la contestación, Díaz se dirigió adonde hablaba el jefe español; mas tardándose en volver, avanzó un sargento con cuatro soldados.

Al ver esto los cazadores de Africa, se arrojaron sobre ellos, desarmándolos y haciéndolos prisioneros, y dirigiéndose á la posición donde se hallaba el resto de la tropa mexicana, la tomaron fácilmente, prevalidos de su fuerza numérica y de la sorpresa, no sin que mediara un ligero combate en que los mexicanos tuvieron que retirarse, dejando cinco muertos y algunos prisioneros. El Coronel Díaz

¹ México á través de los siglos. Tomo V, página 528.

se salvó mediante la estratagema del brigadier Milans del Bosch, quien aseguró que aquel era un oficial que iba allí con el objeto de conducirle fuera del campamento.

Esta fué la manera de comenzar las hostilidades del ejército francés y el mexicano; la sangre empezaba á correr, y este pequeño encuentro, que los invasores reputaron como un brillante triunfo para sus armas, fué el preludio de una guerra que llenó de oprobio y vilipendio al déspota de las Tullerías, y que rehabilitó y engrandeció el buen nombre de México.

La noticia del anterior combate determinó al General Zaragoza á dar orden para que la misma noche del 19 se replegasen sus tropas al Ingenio; y al día siguiente supo por conductos fidedignos que los franceses habían entrado en Orizaba á las ocho de la mañana, dos horas después de haber sido desocupada por las fuerzas españolas.

Las tropas mexicanas emprendieron la retirada hacia las cumbres de Acultzingo; y los franco-traidores, arrojando por completo la máscara que hasta entonces había estado cubriendo su faz, dieron rienda suelta á su entusiasmo y á los proyectos y combinaciones que traían entre manos.

D. Antonio Taboada, el antiguo reaccionario, el prófugo de Totepec, el compañero de Robles Pezuela, se pronunció el primero en Orizaba, el 19 de Abril, desconociendo la autoridad del Presidente constitucional D. Benito Juárez, y proclamando la de D. Juan N. Almonte, como Jefe supremo de ella y de las fuerzas que se adhirieran al supuesto plan.

El reducido círculo de traidores que había en Orizaba secundó el movimiento de Córdoba al día siguiente; en cuya virtud se dirigieron á la primera de las poblaciones citadas, Castellanos, González, Guevara, Haro, Padre Miranda, Samaniego y Almonte, quien *habiendo sido elevado á tan alta dignidad* por la asonada de Córdoba, nombró subsecretarios de Guerra, Gobernación y Hacienda, respectivamente, al Coronel González, á D. Manuel Castellanos y á D. Desiderio Samaniego.

Secundaron el plan de Córdoba, Veracruz, Alvarado, la Isla del Carmen, y algún otro punto insignificante, habiendo sido nombrado, por Almonte, para Gobernador del primero, D. Manuel María Serrano, y para Comandante militar el General D. Adrián Woll; en-

cargóse del mando de la Isla del Carmen al Jefe de escuadra D. Tomás Marín.

Gálvez, el héroe de encrucijada, y que se había acogido á la amnistía, llegó á Orizaba á engrosar las filas de la traición, con su *contingente valioso*, compuesto de una fuerza como de 300 hombres, pero en estado tal de miseria y aniquilamiento, que su presencia fué objeto de los comentarios más amargos y hasta de la burla y desprecio de los soldados franceses.

“Es imposible figurarse, dice un historiador, nada más descosido y extravagante que aquella tropa cubierta de harapos, que á lo sumo podría tomarse por una guerrilla derrotada. Mientras el general Gálvez era conducido al cuartel general para recibir órdenes del General Laurencés, nuestros zuavos se acercaron á los hombres que habían quedado á la entrada de la ciudad, y acuchillando la lengua española, acabaron por obtener de ellos el motivo de su deserción.

“*Falta de sueldo y de comida*, hé aquí lo que explicaba la presencia de Gálvez en el campo francés. Por lo demás, las caras desencajadas y las mejillas hundidas de los mexicanos, el estado diáfano de sus cabellos, eran otras tantas pruebas de que la vigilia y el ayuno formaban hacía cierto tiempo la vida de aquellos desgraciados. Los zuavos tuvieron lástima de ellos y dividieron sus provisiones con sus enemigos de la mañana, de tal suerte, que cuando se les llevó la orden para que entrasen en la ciudad, se les encontró con el *cuartillo* en la mano, mojando un pedazo de pan blanco en una excelente mezcla de café con aguardiente de caña.

“La tropilla entró en la población: no habríamos dado por la más bella revista en el Campo de Marte el espectáculo de aquellos hombres vestidos de anchos pantalones abiertos de un lado, desgarrados en su mayor parte; de chaquetones de cuero, raídos y agujerados, que algunos cubrían negligentemente con un sarape multicolor; de aquellos guerrilleros con anchos sombreros de fieltro, armados, al parecer sin molestia, de lanzas que no tenían todas sus hierros, ó de malos mosquetones.....”¹

¹ La deslealtad de Gálvez, recientemente acogido á la amnistía, excitó la indignación del partido liberal, cuyos órganos más caracterizados en la prensa, aconsejaron al Presidente de la República, procediera con mucha sensatez y cautela para otorgar esa gracia, aducien-

Esta descripción da una idea de los *terribles y poderosos* auxiliares que la traición tenía en el país; sin embargo, el teatro estaba dispuesto y los actores listos para empezar la representación de un drama que empezaba en Orizaba en 1862, bajo auspicios tétricos y sombríos, y que tenía que concluir con la catástrofe de Querétaro en 1867; por de pronto, la Francia quedaba como único representante del elemento intervencionista extranjero.

El General Prim llegó con sus tropas á la Habana, de regreso de la expedición, al comenzar el mes de Mayo; y aunque al principio su Gobierno desaprobó la conducta militar y política que había observado en México, rendido al fin á la evidencia de los hechos, tuvo que hacerle justicia y que reconocer el inmenso servicio que, con su previsión y sabia política, acababa de prestar á su patria.

“Se refirió en el público, según cuenta Arrangoiz, y cree ser cierto, que el Gabinete español completamente unánime, acordó proponerle á su Soberana que volvieran á Veracruz las tropas y se sujetara al Conde de Reus á un Consejo de guerra: que fueron los ministros con ese ánimo á Aranjuez, pero que al llegar al Palacio Real, supieron por un alto empleado de la servidumbre de S. M., que la Reina aprobaba la conducta del Conde, y al presentarse para el Consejo, oyeron de S. M. misma lo que el alto empleado les había comunicado, y la calificación de buen español que hizo S. M. del Conde de Reus; por cuyo motivo variaron de opinión los Ministros, y se aprobó completamente todo lo hecho por el Conde.”

Y no podía ser de otra manera.

Desde la época de nuestra guerra de Independencia quedó como sedimento, ó más bien, como residuo de esa inmensa hoguera en que nacieron, se agitaron y al último prevalecieron, una gran dosis de odios, de rencores, de malas voluntades que la lucha hizo nacer y conservar entre los combatientes: esas pasiones enconadas por el tiempo, envenenaron nuestras cuestiones contra la madre patria, cuyo desvío para con nosotros fué demasiado patente, según lo podríamos probar con multitud de hechos que vendrían á poner de manifiesto la exactitud de nuestras aserciones; pero no estando dis-

do como razón para esa prudente reserva, la mala fe del partido reaccionario, y la circunstancia muy digna de atenderse, de que la República no necesitaba de la facción clerical para defender su libertad é Independencia.

puestos, por otra parte, á emprender un trabajo que por ahora juzgamos inútil, únicamente nos concretaremos á decir que existía en México, aunque de una manera oculta y sorda, una predisposición muy marcada contra todo lo que representaba ó procedía de España; predisposición que sólo esperaba una oportunidad para presentarse terrible y amenazadora.

Por eso al simple anuncio de la Intervención extranjera á que estamos contrayéndonos, se creyó que la guerra iba á ser contra España; y en esa virtud, aparecieron y se manifestaron en estado alarmante esas pasiones violentas, esos odios concentrados, esos resentimientos profundos; pasiones, odios y resentimientos, que el General Prim, con su hábil política y excelente conducta vino á borrar y hacer que desaparecieran para siempre.

En efecto, el hidalgo comportamiento del Marqués de los Castillejos, secundado eficazmente por Castelar, el eminente tribuno é insigne orador, vino á poner un velo sobre el pasado, y á cegar ese hondo abismo que nos separaba de los españoles; su noble proceder echó los cimientos del nuevo edificio de la reconciliación, y erigió á la vez un monumento precioso á la amistad, al amor y á la benevolencia.

Y el Ministro de Relaciones D. Manuel Doblado, después del rompimiento por los franceses de los preliminares de la Soledad, le decía en carta del 12 de Abril: "No quisiera que saliese vd. de la República sin que celebráramos un tratado que llevase vd. á S. M. la Reina, como una prueba de las simpatías que vd. se ha sabido conquistar en México con su comportamiento noble, recto y verdaderamente diplomático. Abrigo la persuasión íntima de que no hay motivo para que continúen interrumpidas las relaciones de dos pueblos hermanos y de costumbres idénticas, y si vd. se presta, iría yo violentamente á Orizaba ó al punto que vd. me designe para que concluyamos.

"Estoy cierto de que en media hora nos entenderemos y daremos á los dos países un día de gloria con su reconciliación. Espero se tome la molestia de responderme para obrar en seguida; y entretanto recibía vd. un voto de gratitud por la caballerosa manera con que se ha conducido con mis paisanos, y mándeme como á su adicto amigo, etc."

Los acontecimientos se precipitaron, y el noble pensamiento del hábil y patriota estadista mexicano no pudo tener verificativo, no obstante la buena disposición que para realizarlo había por parte del caudillo español.

La patria de éste debería saber, á la fecha en que estaban teniendo verificativo los hechos importantes que estamos reseñando, que ese General Prim había hecho lo que no hubieran alcanzado las escuadras y los ejércitos de su país, esto es, haber destruído la prevención que existía contra los españoles, inclinando al Gobierno mexicano á pasar por sacrificios que no habría aceptado de otra manera; elevar á una altura envidiable el nombre de su patria, y preparar con su brillante comportamiento el camino para que España y México fueran lo que deben ser, dos pueblos de hermanos.

México quedó muy agradecido al hombre que, como decía un hábil y concienzudo escritor: "trocó en oliva de la paz, su acreditada espada de guerrero; pero, añadía, tanto ó más agradecida debe estarle España, por las felices consecuencias que forzosa y naturalmente trajo la política leal y justificada de su inteligente representante."¹

El diputado D. Ezequiel Montes, esa lumbrera del foro y de nuestra tribuna, en la sesión del día 16 de Abril de 1862, presentó al Congreso de la Unión un proyecto de ley, al que se le dió primera lectura, y cuyo art. 1º decía así.

"Art. 1º La Nación mexicana da un voto de gracias á los Sres.

¹ Hablando de la retirada de los españoles, decía *El Eco de Europa*:

"En ella dejan (en la patria mexicana) una memoria que no se olvidará jamás: en ella queda vindicado para siempre el nombre español con su conducta y con las elevadas miras de su esclarecido Jefe. ¿Quién se atreverá desde hoy á manifestar odio y desprecio á España, sin que se levanten á condenarle las poblaciones que han visto á estos gallardos españoles, y el pueblo entero que ha presenciado la política de su Gobierno y de su representante?"

"Al abandonar este suelo, del cual quisieron apartar los horrores de la guerra, estamos seguros de que van haciendo los más sinceros votos por la felicidad de la República; y estamos seguros de que los buenos hijos de ésta, que tal vez los vieron llegar á sus playas como enemigos, los ven partir hoy como hermanos....."

"Estos son en realidad, y estos debían ser los hijos de España y los hijos de México: las pasiones que han pretendido romper estos lazos, han empezado á desaparecer en estos días; y la política ilustrada de la España del siglo XIX, cuya brillante personificación ha sido el Conde de Reus, acabará la obra."

Carlos Leunox Wyke, comisario de S. M. B., y al General D. Juan Prim, Conde de Reus, comisario de S. M. C., por la conducta benévola, leal y llena de honor que han observado en México."

¡Justa y merecida compensación de servicios eminentes que la posteridad se ha encargado de ensalzar, y que la amistad inquebrantable de dos pueblos, y sus buenas y cordiales relaciones son la mejor prueba de su bondad, y la garantía sólida de su estabilidad para lo venidero!

1 Como una prueba de gratitud, ó de recuerdo indeleble á la memoria del Conde de Reus, por su brillante comportamiento durante la funesta Intervención francesa, el Ayuntamiento de la Capital de la República, á moción del ciudadano Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito Federal, inauguró la mañana del 28 de Julio de 1904, la *Avenida Prim*, dando este nombre á un conjunto de las principales calles de la población, situadas al Poniente de la misma.

La ceremonia revistió un carácter á la vez simpático y solemne, y á ella concurrió una numerosa y selecta concurrencia, en la que lució sus atractivos y sus galas el bello sexo, en el que figuró la distinguida esposa del primer Magistrado de la Nación.

El Subsecretario de Justicia, Lic. D. Justo Sierra, una de nuestras notabilidades en la literatura, pronunció un brillante discurso que mereció los aplausos de los circunstantes; el Sr. Purrúa, de nacionalidad española, produjo otro, notable también, y cerró la fiesta con broche de oro el conocido poeta Juan de Dios Peza, recitando un bellissimo Romance histórico.



CAPITULO XV.

Catástrofe de Chalchicomula.—Incendio del parque en el edificio llamado de la "Colecturía."—Sucumbe una brigada de tropas de Oaxaca.—Consternación en la ciudad por ese acontecimiento espantoso.—Auxilios prestados á las víctimas.—Actos hermosos de filantropía.—El General D. Manuel Robles Pezuela.—Se dirige al campo de los invasores, acompañado de Taboada y otros individuos.—Es aprehendido en el pueblo de Toxtepec y conducido á Chalchicomula.—Disposición del General Zaragoza, que lo manda fusilar al día siguiente en dicha población.—Sus últimos momentos.—Manifiesto que expidió.—Diversos hechos de armas.—Proclama ridícula de Zuloaga.—Vidaurri nombra á Comonfort Comandante militar de Tamaulipas.—Taboada y Gálvez se acogen á la amnistía.—D. Isidro Díaz sale fuera de la República.—Campaña de Tepic.—Sumisión de Lozada.—Derrota de Jiménez Mendizábal.—Expedición á Tepic.—Ataque á Izúcar de Matamoros por los reaccionarios.—Combates de Santo Domingo y el Calvario.—Derrota del General Alatríste.—Es hecho prisionero y fusilado.—Un anógrafo de la víctima.

En los momentos en que la República se veía arrastrada á una lid tremenda, la ciudad de San Andrés Chalchicomula era testigo de una desgracia inmensa; el incendio de una gran cantidad de parque en el edificio llamado "La Colecturía:" la fatalidad se cebaba en los defensores de la República, y la muerte con su terrible guadaña se gaba la vida de multitud de ciudadanos que acudían presurosos al llamamiento de la patria, para defenderla de la más injusta de las agresiones; pero esos soldados del pueblo, animados del más puro patriotismo, morían de manera trágica, no blandiendo el acero ni disparando sus armas frente al enemigo en los campos de batalla, saludando á la victoria ó sucumbiendo gloriosamente, sino víctimas de un acontecimiento deplorable, nunca suficientemente sentido, y